

Prólogo



DOEMI, EL ÁNGEL

Capítulo uno

Pese a todo, tenemos que imaginar a Miriam como una niña feliz.

Ya que Miri intentaba desesperadamente serlo.

Aunque su padre fuera un alcohólico que la maltratara a diario.

Aunque su madre pasase el mayor tiempo posible en la calle, para evitar a su marido y sus deberes maternos.

Aunque sus padres la sacaron de la escuela pública porque se negaron a comprarle el uniforme.

Aunque las paredes de su cuarto estuvieran despintadas.

Aunque tuviera que compartir cama con su hermana mayor.

Aunque tuviera que usar la ropa vieja de su hermana porque no pueden comprarle nueva.

Aunque disparos y disturbios la despertasen en la madrugada porque vivía en un barrio conflictivo.

Aprendió a suprimir mentalmente esas cosas, pero ampliar la imaginación tiene consecuencias.

A Miriam no le gustaba bañarse sola. Siempre le pedía a su hermana que se sentara en la tapa cerrada del retrete mientras ella estaba en la ducha. Miri afirmaba que, cuando

cerraba los ojos, una sombra extraña se acercaba a ella. Podía ver los movimientos de la sombra a través de la cortina translúcida. La sombra tenía la costumbre de acecharla cuando estaba sola, era un monstruo de otra dimensión que se había encaprichado con ella, por suerte, Miri tenía a su hermana, Malon. Malon tenía el poder de intimidar a la sombra, hacía que se alejara, y mientras estuviera cerca de ella, nada le pasaría. Malon era su amuleto de buena suerte.

El problema era que Malon a veces salía con su novio o con sus amigas, y Miri quedaba a la merced de la sombra. Por eso Miri pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en el armario, un lugar totalmente oscuro, sin sombras. Cerraba los ojos y abrazaba sus piernas, intentando pensar en los momentos más felices de su vida, como la primera vez que probó una hamburguesa del McDonald's en uno de sus cumpleaños; el día en el que hizo un barrilete con su hermana, con materiales que encontraron en el basurero del vecino y los restos de papel china que le sobró a Malon por una tarea que hizo cuando iba a la escuela; como la noche en la que una amiga de Malon las invitó a la iglesia y pasaron una velada maravillosa.

Y fue esa, la ocasión de la iglesia, la que le dio a Malon una gran idea.

Malon le enseñó a Miri el salmo noventa y uno de la biblia. Y le aseguró que ese poema divino le brindaría protección si confiaba realmente en Dios.

En una ocasión en la que Miri huía de la sombra, ya encerrada en el armario, sus nervios alcanzaron el pico más alto de su conciencia. Su mirada se perdió en la inmensidad de la oscuridad. Miri intentó gritar, pero el nudo en su gar-

ganta la estaba ahorcando. Su existencia se encontró con un enorme vacío. Un vacío que siempre había estado ahí para ella, pero que había ignorado hasta ese momento. Siempre había estado sola, como en aquel armario, sumergida en la oscuridad. La sombra la había encontrado, estaba afuera, azotando la puerta del armario. Pronto entraría. Miri no podía levantar la cabeza.

“Él te libraré del brazo del cazador... no temerás al temor nocturno... no te sobrevendrá mal... pues él mandará a sus ángeles para que guarden tu camino...”, la niña se aferró a ese poema divino con la esperanza de que un milagro ocurriese.

Miriam cerró los ojos y se entregó por completo a su imaginación.

La puerta del armario se estremecía violentamente. Un destello de luz entró por las aberturas del mueble e iluminó todo el interior durante unos segundos. El eco de un rugido estridente retumbaba mientras se desvanecía. La puerta dejó de tambalearse.

Miriam escuchó unos pasos. Y una risa juguetona. Alguien abrió las puertas del armario. Era una niña, quizá de su misma edad. Vestía una falda celeste que dejaba ver unas piernas tan delgadas como sus brazos, también expuestos por una blusa de tirantes. Traía unas zapatillas que eran del mismo color que las nubes. El cabello le caía en los hombros en mechones rebeldes, como si hubiera estado saltando durante horas. Las comisuras de sus labios estaban surcadas, como si siempre estuviese dispuesta a sonreír, una expresión que no podía conocer la seriedad. Su mirada estaba adornada con seis pequeños diamantes

blancos con formas de lunas y estrellas, dos entre la ceja y el ojo y uno bajo el mismo, en cada lado, una mirada azulada que nunca perdería la luminosidad.

—¿Usted venció a la sombra? —preguntó, temerosa.

—Sí —respondió la niña al tiempo que se ponía de rodillas para estar a la altura de Miriam.

—Pero... usted... es una niña igual que yo, no puede vencer a alguien tan poderoso.

—Las niñas somos más fuertes de lo que crees —la niña cruzó los brazos y levantó la mirada—, y es precisamente por lo que estoy aquí, para enseñártelo.

—¿En serio?

—Sí, Miriam, yo nunca te mentaría —la niña tomó de las manos a Miri.

—¿Cómo es que sabe mi nombre?

—Lo sé todo sobre ti. Has estado pidiendo ayuda, y me enviaron para acompañarte.

—Eso significa que... —Miri no cabía dentro de sí, el solo hecho de decirlo le resultaba difícil— us... usted es...

—Un ángel, sí —la niña entrecerró los ojos y se dibujó en su rostro una sonrisa que podría borrar cualquier tragedia de la humanidad—. Mi nombre es Doemi, y desde de hoy, seré tu mejor amiga.

A partir de ese día, Miriam cambió radicalmente.

Se reía de los floridos e ingeniosos insultos que su padre le soltaba (cuando él no estaba viendo).

No le gustaba el mal aliento de su madre, por eso no le molestaba su ausencia.

La escuela la aburría, se distraía con facilidad y nunca tuvo amigos, así que prefería estar en casa.

Las paredes despintadas de su cuarto eran el pretexto perfecto para llenarlas de recortes de revistas de lugares que algún día visitaría con Doemi.

¡Compartir cama con su hermana le encantaba! Podían chismear hasta la madrugada porque en su casa nadie las obligaba a dormir.

A Miriam le emocionaba saber que su hermana se estaba convirtiendo en una adolescente, pues eso significaba que pronto heredaría sus hermosas blusas con estampados coloridos que tanto admiraba, sabía que le quedarían bien porque su hermana los lucía fantásticamente.

Los estruendos nocturnos no la perturbaban, pues los ruidos de las balas le parecían iguales a los cohetes navideños estallando en el cielo, y el bullicio que hacían los bandidos en las calles se convirtió en los rugidos de dragones de cuentos de hadas, jugando entre las nubes.

Miriam era una niña insegura y llena de miedos antes de conocer a Do. Discutía frecuentemente con su hermana porque se orinaba en la cama. Solía responder enérgicamente a los comentarios despectivos de su padre. Y acostumbraba a encerrarse en el armario durante todo el día para que nadie la molestase.

Pero desde que Do la acompaña, el armario era para la ropa y nada más. No volvería a ocultarse ni a temer. Miriam era feliz, era preciso imaginarlo.

Era una pena que Malon (su hermana mayor) no pudiera ver a Doemi. Do solo era visible para los ojos de Miri. Pero no importaba porque Miriam le enseñaba a su hermana dibujos que le daban una idea de cómo se veía su ángel guardián.

A Miriam le gustaba jugar a ser una reina, y construir castillos con cojines y cobijas. Cerraba las ventanas y reinaba entre las sombras y los destellos de su linterna con las baterías desgastadas. Do era la consejera de la reina y, a petición de la corona, organizaba banquetes con toda la burguesía monárquica, conformada por muñecas de trapo que eran más viejas que Miri, con los ojos de botones despegados y muñecos de cartón cortados con tijera por la mismísima reina Miri.

También les gustaba sentarse en el marco de la ventana y ver a la gente pasar. Chismeaba con Do sobre sus vecinos. Joaquín era novio de Nadia, pero siempre que veía a Malon se comportaba de un modo coqueto. A Do no le agradaba la manera de vestir de Alberto, si es que se le podía llamar a eso vestir, ya que iba siempre con el pecho descubierto, dejando ver su panza escuálida y su abdomen desnutrido.

También fundaron una banda. Tocaban música, aunque difícilmente podría catalogarse en un género musical los sonidos emitidos por golpetear trastos de aluminio y canastas. Pero el rol de Do en la banda era el más interesante. Ella cantaba, y vaya que lo hacía bien. Su voz era encantadora, capaz de convertir un día gris y lluvioso, en una tarde resplandeciente y serena. No se podía esperar menos del canto de un ángel.

Bien, todo estaba bien.

La vida era buena. O al menos Miriam pensaba eso.

Pero durante una noche...el mundo pareció no estar de acuerdo con la risa de Miri.

Su padre le prestó dinero a gente mala.

Y cada vez que le cobraban, reaccionaba de una manera altanera.

Las personas malvadas decidieron que ese borracho saldaría su deuda fuera como fuese.

Y lo visitaron.

La conversación pronto se transformó en gritos.

Los gritos, en suplicas.

Las suplicas, en disparos.

Los disparos, en silencio.

Y el silencio, en pisotones enérgicos.

Alguien subía por las escaleras.

Y tiraba todas las puertas que se le atravesaban.

Miriam no parecía entender lo sucedido.

Malon corrió hacia la ventana y vio a unos hombres escondiéndose entre las sombras.

Deslizó las cortinas y tomó a su hermanita de las manos.

Juntas se escondieron en el armario.

Miri no quería, porque había prometido que nunca volvería meterse en el armario, y no entendía por qué su hermana le pedía eso.

Pero Malon insistió.

Los estruendos de los portazos sonaban cada vez más cerca.

Estaban a punto de tirar su puerta y encontrarlas.

Miri le preguntó a su hermana por la situación, y Malon le dijo que todo estaría bien.

Malon tomó la ropa y los juguetes viejos y los apiló sobre su hermana, para esconderla.

Malon le dijo a su hermana que en ese momento estaban jugando a las escondidas y alguien las estaba buscando, y por nada del mundo las debía encontrar.

Malon salió del armario y corrió hacia la ventana, la abrió. Ella quería que la vieran para que no siguieran buscando y, en consecuencia, encontrando a Miri.

Al mismo tiempo, alguien tiró la puerta con una patada.

Se escuchó un fuerte estruendo y Miri estuvo a punto de salir.

Pero Doemi la detuvo.

Do deslizó su mano entre la ropa, los juguetes viejos, y sujetó fuertemente la boca de Miri para que no hiciera ningún ruido.

Do le prometió que nunca la abandonaría, jamás de los jamases.

Pasado un rato, cuando el silencio comenzaba a desesperar, Miriam salió de su escondite. Vio a su hermana recostada sobre el marco de la ventana, como si se hubiera quedado dormida mientras intentaba salir.

—Dios mío, Malon, ya sabes que a papá no le gusta que salgamos por la ventana...

—Miri... —susurró Doemi, mientras contemplaba melancólicamente lo que estaba pasando.

Miriam se acercó a su hermana y le dio una palmada en el trasero al tiempo que se alejó rápidamente, creyendo que su hermana se levantaría del marco para vengarse.

Pero no pasó nada. Malon se quedó en el mismo lugar, en la misma pose. Miriam pensó que estaba dormida, así que resolvió agitarle la espalda. Un momento después, Miri reparó en que algo estaba saliendo de la cabeza de su hermana. Era una débil línea de sangre que fluía en el techo.

Miri se apartó de su hermana, caminó de espaldas sin quitarle la mirada. Doemi intentó darle la mano a Miri,

pero ella la apartó. Sin decir nada, salió de la habitación. Bajó las escaleras. Y encontró a sus padres, en el mismo estado que su hermana.

Miriam pasó el resto de su infancia y adolescencia en un orfanato ya que todos sus familiares encontraron la manera de rehuir de la responsabilidad consanguínea. Las buenas noticias fueron que pudo volver a estudiar, ya que en su orfanato contaba con los grados académicos de nivel primario y básico. La mala noticia era que nadie quiso adoptarla. Era una niña tranquila (se había vuelto un poco callada, pero eso era lo “normal” en aquel sitio) y con una sonrisa dulce, pero cuando los prospectos de padres adoptivos se enteraban de su historial, miraban hacia otro lado.

Naturalmente, el miedo los frenaba. Algunos pensaban que la niña podría acarrear traumas al ser testigo en primera fila de su tragedia familiar; otros eran más conspiranoicos, y pensaban que quizá, los sicarios volverían por la niña, para terminar lo que comenzaron, sin dejar cabos sueltos.

Pero eso a Miriam no le importaba, de hecho, lo prefería. Tenía a Doemi, su amiga, hermana, la más íntima, la mejor compañía. Y eso nadie se lo quitaría. Miriam pasaba la mayoría de su tiempo libre dibujando y escribiendo historias que tenían poco sentido, pero una carga trágica curiosa. Todas sus historias comenzaban felices y terminaban en la muerte devastadora de la mayoría de los personajes. Ella disfrutaba de escribir sobre el dolor y el fin de la humanidad. Doemi opinaba sobre sus obras, hacia ligeros cambios

que mejoraban el trabajo y juntas decidieron que se dedicarían a eso por el resto de sus vidas.

Por las noches, Do le leía un libro. Normalmente las lecturas duraban dos o tres días. Al mes Miri se sumergía en todo tipo de historias, y eso le agradaba, pues, sin darse cuenta, el recuerdo de su pasado se difuminaba, a tal punto que comenzó a pensar que los años que vivió con Malon y sus padres no fueron más que un sueño o una más de las historias de Doemi, y que en realidad al nacer la llevaron al orfanato.

Por eso, pese a todo, tenemos que imaginar a Miriam como una niña feliz, aunque las cosas que escribía y dibujaba insinuasen lo contrario.

El tiempo pasó y Miri llegó a la mayoría de edad. Le crecieron los pechos, su denso cabello caía hasta sus caderas poco pronunciadas, su piel era más pálida porque pocas veces salía a la calle, su sonrisa tenía un encanto melancólico, como el dibujo de un paisaje alegre que es pintado por un loco que lleva toda su vida en el manicomio. Su mirada era tan profunda como un pozo sin fondo. Miriam había crecido, convirtiéndose en un castillo hecho de cenizas, pedazos rotos y risas que querían ser llantos. Pero Doemi no. Ella seguía siendo una niña, paralizada en el tiempo. Miri también seguía siendo una niña, pero ya no lo parecía.

Miriam abandonó el orfanato a los dieciocho y se dedicó a trabajar en una bodega de bebidas alcohólicas, como secretaria y asistente de recursos humanos.

Miri trabajaba doce horas al día y por las noches escribía. Doemi la instó a participar en un certamen de poesía local. Miri no quería porque pensaba que su trabajo artístico no era lo suficientemente bueno. De hecho, a escondidas de

Doemi solía quemar sus manuscritos después de terminarlos, con la intención de volverlos a escribir, ansiaba alcanzar la perfección, aunque no estaba segura de qué era eso. Ella suponía que algún día simplemente lo sabría, podría verlo sin más, leería uno de sus manuscritos y reconocería la grandeza, algo especial, algo diferente.

Doemi logró convencerla de participar. Seis meses después, los poemas ganadores fueron publicados en el periódico junto a un comentario de los críticos:

“Es como si nunca hubieran existido.
 (No puedo sentir el calor de sus manos).
 Los he visto desaparecer.
 (Viven en mi imaginación).
 Y me duele tanto.
 Les daré un pedazo de mi alma.
 Los llevaré a casa.
 Les arrancaré las alas.
 Y los pondré dentro de un cristal.
 Porque debo cambiar esta realidad.
 Porque ustedes son mi tristeza”

Miriam Acevedo

“El poema conmueve con su intensidad emocional. Sacrifica la rima para crear una estructura fragmentada que mezcla el dolor y el anhelo en una atmósfera íntima y profunda”.

**Sofía Raz, Editora de *Luna en agua*
y crítica literaria.**